



Bajo el Volcán

ISSN: 8170-5642

bajoelvolcan.buap@gmail.com

Benemérita Universidad Autónoma de Puebla
México

Bello, Walden

La crisis capitalista y la respuesta política de la izquierda

Bajo el Volcán, vol. 8, núm. 14, 2009, pp. 127-143

Benemérita Universidad Autónoma de Puebla

Puebla, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=28620136005>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

LA CRISIS CAPITALISTA Y LA RESPUESTA POLÍTICA DE LA IZQUIERDA

Walden Bello

RESUMEN

El siguiente artículo es la reproducción de una ponencia presentada en la Conferencia sobre la Crisis Global el pasado 21 de marzo en Berlín, organizada por el Partido de la Izquierda Alemán. Se discuten, primeramente, los orígenes y la dinámica de la crisis actual; después se exploran las posibilidades de una estrategia para la izquierda global, capaz de responder a la presente crisis en el contexto de los desafíos procedentes, tanto del centro capitalista tecnocrático como el de la derecha capitalista populista; todo en el marco de una depresión global que podría durar muchos años. Palabras claves: izquierda global, crisis capitalista global, orígenes, perspectivas.

SUMMARY

This article begins with a reflection on the origins and dynamics of the current crisis; in second place, it explores the possibilities of a strategy for the global Left that would allow for a response to the current crisis in the framework of the challenges stemming from the technocratic capitalist centre, as well as those corresponding to the populist capitalist Right; all this in the context of a global depression that could last many years.

Key words: over-accumulation, capitalist solutions to crisis, global Left, global Social Democracy.

Semana tras semana, asistimos a la contracción de la economía global a un ritmo peor que el pronosticado por el más agorero de los economistas. Es claro: no nos hallamos en una recesión común y corriente, sino que estamos frente a una depresión global que podría durar muchos años.

LA CRISIS FUNDAMENTAL ES DE SOBRECUMULACIÓN

Hace mucho la teoría económica ortodoxa dejó de ser útil para comprender la crisis. La teoría económica no-ortodoxa, en cambio, puede ahora arrojar potentísimos vislumbres de las causas y de la dinámica de la actual crisis. Desde una perspectiva progresista, lo que estamos observando es la intensificación de una de las crisis centrales –o “contradicciones”– del capitalismo global: la crisis de sobreproducción, también conocida como crisis de sobreacumulación o de sobrecapacidad. Se trata de la tendencia del capitalismo a generar, en el contexto de una aguda competición intercapitalista, una tremenda capacidad productiva, la cual rebasa holgadamente la capacidad de consumo de la población debido a las desigualdades de ingreso que limitan el poder adquisitivo popular. Esto trae consigo una erosión de la rentabilidad y conduce a una espiral económica bajista.

Para entender el presente colapso tenemos que retrotraernos a la llamada Edad de Oro del capitalismo contemporáneo, el periodo entre 1945 y 1975. Fue un lapso de rápido crecimiento, tanto en las economías centrales como en las economías subdesarrolladas: un crecimiento disparado, en parte, por la masiva reconstrucción de Europa y del Este asiático luego de la devastación de la Segunda Guerra Mundial, y en parte también por los nuevos dispositivos y los nuevos instrumentos resultantes de un histórico compromiso de clase entre el capital y el trabajo que se institucionalizó bajo el nuevo Estado keynesiano.

Pero ese periodo de elevado crecimiento llegó a su fin a mediados de los años setenta, cuando las economías centrales fueron presa de la estanflación, es decir, de la coexistencia de bajo crecimiento y elevada inflación, una amalgama supuestamente imposible para la teoría económica neoclásica.

La estanflación, sin embargo, no era sino el síntoma de una causa más profunda: la reconstrucción de Alemania y de Japón, y el rápido crecimiento de economías en vías de industrialización, como Brasil, Taiwán y Corea del Sur, vino a añadir un tremendo volumen de nueva capacidad productiva e incrementó la presión competitiva global, mientras que, en cambio, las desigualdades dentro de los países y entre países limitaban el crecimiento del poder adquisitivo y de la demanda, erosionando así la

rentabilidad. Eso se agravó con los drásticos incrementos del precio del petróleo experimentados en la década de los setenta.

La expresión más dañina de la crisis de sobreproducción fue la recesión global de comienzos de los años ochenta, que fue la más grave que se abatió sobre la economía internacional desde los tiempos de la Gran Depresión, es decir, antes de la crisis presente.

El capitalismo ensayó tres vías de escape para zafarse de la sobreproducción: la reestructuración neoliberal, la globalización y la financiarización.

PRIMERA VÍA DE ESCAPE: LA REESTRUCTURACIÓN NEOLIBERAL

La reestructuración neoliberal cobró la forma del *reaganismo* y del *thatcherismo* en el Norte y del Ajuste Estructural en el Sur. Objetivo: revigorizar la acumulación de capital, y eso de dos maneras: 1) la remoción de las restricciones estatales al crecimiento, al uso y a los flujos de capital y riqueza, y 2) la redistribución del ingreso de los pobres y de las clases medias hacia los ricos, en la idea de que eso daría incentivos a los ricos para invertir y relanzar el crecimiento económico.

El problema con esa fórmula es que la redistribución del ingreso hacia los ricos yugula los ingresos de los pobres y de las clases medias, reduciendo así la demanda; sin necesariamente inducir a los ricos a invertir más en producto, cierto es que podría ser más rentable invertir en especulación. Además, y aun teniendo éxito, esa estrategia, a largo plazo, no haría sino agravar el problema básico, puesto que la inversión en producción traería consigo volúmenes todavía mayores de capacidad productiva instalada.

Esto significa que la reestructuración neoliberal, que se generalizó en el Norte y en el Sur en los años ochenta y noventa, tuvo un paupérrimo registro en materia de crecimiento: el promedio del crecimiento global en los años noventa fue de 1.1%, y de 1.4% en los ochenta. En cambio, cuando imperaban las políticas de intervención pública fue muy superior: en los años sesenta fue de 3.5% y en los setenta de 2.4%. La reestructuración neoliberal no podía superar el estancamiento.

SEGUNDA VÍA DE ESCAPE: LA GLOBALIZACIÓN

La segunda vía de escape que ensayó el capital global para contrarrestar el estancamiento fue la “acumulación extensiva” o globalización, es decir, la rápida integración de áreas semicapitalistas, no-capitalistas o precapitalistas en la economía global de mercado. Rosa Luxemburgo, quien no sólo fue una gran dirigente política de la izquierda radical, sino también una gran economista, observó hace mucho tiempo, en su gran clásico, *La acumulación de capital*, que ese fenómeno resultaba necesario para levantar la tasa de beneficio en las economías metropolitanas.

¿Cómo? Pues ganando acceso a trabajo barato, ganando nuevos y prácticamente ilimitados mercados, ganando nuevas fuentes de productos agrícolas baratos y de materias primas baratas, y dando origen a nuevas áreas de inversión en infraestructura. La integración se consigue a través de la liberalización del comercio, removiendo obstáculos a la movilidad del capital global y aboliendo fronteras para la inversión extranjera.

China es, ni que decir tiene, el ejemplo más destacado de un área no-capitalista integrada en la economía global a lo largo de los pasados 25 años.

A mediados de la primera década del siglo XXI, entre 40 y 50 por ciento de los beneficios de las corporaciones estadounidenses procedían de sus operaciones y ventas en el extranjero, especialmente en China.

La dificultad de esta forma de escapar al estancamiento es que exacerba el problema de la sobreproducción, porque lo que hace es añadir capacidad productiva. Un imponente volumen de capacidad manufacturera es lo que se ha añadido en China en los últimos 25 años, lo cual ha tenido un efecto depresor sobre precios y beneficios. No es por casualidad que, desde 1997, los beneficios de las corporaciones estadounidenses dejaran de crecer. De acuerdo con una estimación, la tasa de beneficios de las 500 primeras corporaciones de la lista de Fortune pasó de 7.15% en 1960-1969 a 5.30% en 1980-1990, luego a 2.29% en 1990-1999 y a 1.32% en 2000-2002. A fines de los años noventa, con un exceso de capacidad industrial en prácticamente todas las industrias, el hiato entre capacidad productiva y ventas era ya el más grande desde los tiempos de la Gran Depresión. Vistas

así las cosas, desde la perspectiva de la sobreproducción, la globalización no ha sido, contrariamente a lo sostenido por muchos de sus apologetas y por varios de sus críticos, una etapa superior del capitalismo, sino un esfuerzo desesperado para salir del pantano de la sobreproducción. La globalización no tuvo elemento alguno de progreso.

TERCERA VÍA DE ESCAPE: LA FINANCIARIZACIÓN

Dados los limitados beneficios arrojados por la reestructuración neoliberal y la globalización en punto de contrarrestar el impacto depresivo de la sobreproducción, la tercera vía de escape –la financiarización– resultaba crucial para mantener y elevar la rentabilidad y las tasas de beneficio.

Con inversiones industriales y agrícolas que arrojaban magros beneficios por causa de la sobreproducción, andaban en circulación ingentes volúmenes de fondos excedentes, o se invertían y reinvertían en el sector financiero. Es decir: el sector financiero giraba sobre sí mismo.

Resultante de esto fue un incremento de la bifurcación entre una economía financiera hiperactiva y una economía real estancada. Como observara un ejecutivo financiero en las páginas del *Financial Times*, “en estos últimos años, hemos asistido a una creciente desconexión entre las economías real y financiera. La economía ha crecido [...], pero de ninguna manera como la economía financiera, hasta que estalló”. Lo que no nos dijo este observador fue que la desconexión entre la economía real y la financiera no se dio por casualidad; que la economía financiera estalló precisamente porque terminó abriéndose camino el estancamiento generado por la sobreproducción de la economía real.

Un indicador de la *archirrentabilidad* del sector financiero es que, mientras los beneficios del sector manufacturero llegaron a representar el 1% del PIB de Estados Unidos, los del sector financiero representaron el 2%. Otro es el hecho de que el 40% del total de los beneficios de las corporaciones estadounidenses financieras y no financieras llegó a quedar a disposición del sector financiero, aun cuando éste sólo representaba el 5% del PIB de EUA (y aun este último porcentaje está probablemente sobrestimado).

El problema de invertir en operaciones del sector financiero es que monta tanto como exprimir valor de valor ya creado. Puede crear beneficio, desde luego, pero no valor nuevo: sólo la industria, la agricultura, el comercio y los servicios crean valor nuevo. Puesto que el beneficio no se basa en valor creado, las operaciones de inversión terminan siendo harto volátiles, y los precios de las acciones, de las obligaciones y de otras formas de inversión pueden llegar a desviarse radicalmente de su valor real (por ejemplo: las acciones de empresas de innovación en Internet pueden alcanzar precios astronómicos, empujadas sólo por estimaciones financieras que provocan alzas en espiral).

Así, los beneficios dependen de la oportunidad de empezar cobrando ventaja con unos precios al alza despegados del valor del producto, para luego vender antes de que la realidad fuerce una “corrección” que los retrotraerá drásticamente a los valores reales. La radical subida de los precios de un activo, mucho más allá de los valores reales, es lo que se llama formación de una burbuja.

Al depender la rentabilidad de golpes de fortuna especulativos, no resulta sorprendente que el sector financiero vaya de burbuja en burbuja, de una manía especulativa a otra.

Puesto que está activado por la manía especulativa, el capitalismo financieramente activado ha experimentado ya cerca de 100 crisis financieras desde que los mercados de capitales fueron desregulados y liberalizados en los años ochenta, siendo la crisis más grave, antes de la presente, la crisis financiera asiática de 1997.

LA DINÁMICA DE LA IMPLOSIÓN SUBPRIME

No entraré en detalle en la dinámica de la actual crisis, originada en el colapso del mercado inmobiliario estadounidense, fenómeno conocido también como “implosión subprime”. Algunas dimensiones clave de esa implosión (como el estímulo que Alan Greenspan proporcionó a la burbuja financiera al recortar, en junio de 2003, los tipos de interés hasta en 1% –los más bajos en 45 años– y mantenerlos a ese nivel durante todo un año, a fin de contrarrestar los efectos recesivos del estallido de la burbuja

tecnológica de comienzos de los noventa) ya se mencionaron (como en el resto de la Conferencia sobre la Crisis Actual). Permittedme tocar, ya sea someramente, dos o tres puntos más.

La crisis hipotecaria subprime no fue un caso de oferta que rebasa la demanda real. La “demanda” había sido, y por mucho, urdida por la manía especulativa de promotores y financieros que querían sacar grandes beneficios de su acceso a la moneda extranjera (el grueso de ella, de origen asiático y chino) que inundó Estados Unidos en la pasada década. Se vendieron agresivamente gigantescos paquetes hipotecarios a millones de personas que normalmente no habrían podido permitírselo ofreciendo tasas de interés “insultantemente” bajas, que luego habrían de reajustarse a fin de aumentar las cuotas de pago de los flamantes nuevos propietarios de vivienda.

¿Cómo llegaron a convertirse en un problema tan gigantesco unas hipotecas problemáticas? Sucede que esos activos estaban “securizados”, esto es, convertidos en productos o mercancías espectrales llamados “obligaciones de deuda colateralizada” (CDO, por sus siglas en inglés), las cuales permitían especular con la posibilidad de que los créditos hipotecarios no fueran devueltos. Esos activos fueron entonces empaquetados junto con otros activos y comerciados por quienes originaron las hipotecas, que trabajaban con distintos tipos de intermediarios tan conscientes del riesgo, que se quitaban de encima el producto a toda velocidad ofreciéndolo a otros bancos e inversores institucionales. A su vez, esas instituciones traspasaron esos títulos a otros bancos e institutos financieros foráneos.

La idea era vender al punto, hacerse del dinero y lograr un buen y tranquilo beneficio, dejando el riesgo para los incautos que estaban al final de la cadena: para los centenares de miles de instituciones y de inversores individuales que compraban los títulos vinculados a hipotecas. A eso se le llamó “dispersión del riesgo”, y se veía como cosa buena porque aligeraba los balances contables de las instituciones financieras, permitiéndoles embarcarse en ulteriores actividades de préstamo.

Cuando se elevaron los tipos de interés de los préstamos subprime, de las hipotecas variables y de otros préstamos inmobiliarios, se terminó la partida. Hay cerca de cuatro millones de hipotecas subprime que,

probablemente, entrarán en situación de impago en los próximos dos años, y cinco millones de impagos, en los próximos años, a causa de los tipos hipotecarios variables. Pero títulos cuyo valor total asciende a no menos de 2 billones de dólares han sido ya inyectados, cual si de letales virus se tratara, en el sistema financiero global. El gigantesco sistema circulatorio del capitalismo global ha sido fatalmente infectado. Y, como en una plaga, no sabemos quiénes ni cuántos están fatalmente infectados hasta que vayan emergiendo, porque el conjunto del sistema financiero ha llegado a ser superlativamente opaco a causa de la falta de regulación.

COLAPSO DE LA ECONOMÍA REAL

Nos hallamos ahora en una coyuntura en la que, en vez de cumplir con su tarea primordial de prestar para facilitar la actividad productiva, los bancos se aferran a su tesorería, o compran entidades rivales a fin de robustecer la propia base financiera. No puede sorprender: con el sistema circulatorio del capitalismo global infectado, era sólo cuestión de tiempo hasta que la economía real se contagiara como lo ha hecho, y a una velocidad aterradora, en estas últimas semanas. Woolworth, todo un emblema de la venta al por menor, ha quebrado en Gran Bretaña, la industria automovilística en Estados Unidos está en cuidados intensivos, los beneficios de BMW se han desplomado cerca de 90%, y hasta la poderosa Toyota ha experimentado un declive sin precedentes en sus beneficios. Con una demanda en caída libre de los consumidores norteamericanos, China y el Este asiático han visto hacinarse sus productos en los muelles de descarga, lo que ha traído como consecuencia una aguda contracción de sus economías y despidos masivos.

La globalización ha hecho que economías que ligaron sus destinos en la época de auge, caigan ahora también de consumo a una velocidad sin precedentes: y no se vislumbra el final.

Permitidme ahora una pausa para declarar la razón por la cual he entrado con cierto detalle en las causas y en la dinámica de la crisis: he querido destacar el hecho de que lo que hemos visto desarrollarse ante nuestros ojos hasta este momento, no es una crisis de la variante neoliberal del capitalismo, sino la crisis del capitalismo.

LA RESPUESTA CAPITALISTA: SOCIALDEMOCRACIA GLOBAL

Con el colapso de la globalización y con el mercado desregulado yéndose al garete, la metafísica neoliberal con que se adornó el capitalismo contemporáneo ha quedado totalmente desacreditada, por bien que —la cosa no ofrece duda— se siga batiendo todavía en algunas acciones de retaguardia.

Yo creo que entre las filas del establishment han cundido realmente el pánico y la confusión, y les embarga el sentimiento de que las cosas irán todavía peor antes de empezar a mejorar. Se percatan de que las viejas instituciones neoliberales, como el FMI, la OMC y el G-20 resultan irrelevantes, aun si los métodos keynesianos de gasto con déficit e inyección de liquidez en el mercado pudieran llegar a tener efectos muy limitados. Cada vez más, los intelectuales más inteligentes del establishment comienzan a percatarse de que estamos al comienzo de una caída libre global, de que no sabemos realmente cuándo tocaremos fondo y ni de si cuando lo toquemos, la economía global permanecerá mucho tiempo allí. La mejor imagen de la economía real que a mí se me ocurre es la de un submarino alemán de la Segunda Guerra Mundial que, tocado en pleno Atlántico por las descargas de algún destructor británico, se va rápidamente a pique en dirección al fondo oceánico y, alcanzado el fondo, nadie sabe cómo logrará la tripulación reflotarlo. ¿Ocurrirá como en la clásica película de Wolfgang Petersen (*Das Boot*), y conseguirán las penosas maniobras de la tripulación inyectar bastante aire comprimido en los tanques de lastre como para regresar a superficie? ¿O seguirá el submarino indefinidamente en zonas abismales? ¿Funcionarán hoy los métodos keynesianos de reflotamiento? Los pensadores más críticos del capitalismo, como Martin Wolf o Paul Krugman, no apuestan por esto.

Hay dos cosas de las que podemos estar seguros. La primera: los enfoques neoliberales han quedado totalmente desacreditados. Y la segunda: los tercios hechos de base, y no cualesquiera restricciones ideológicas, son los que impondrán con su dictado lo que harán quienes se empeñen en salvar el sistema. Así pues, liberémonos nosotros, para empezar, de la idea según la cual los principios neoliberales constituirán las líneas rojas infranqueables de su política venidera.

Permitidme hacer un poco más de concreción. Yo creo que las acciones de la nueva administración Obama en Washington constituyen una ruptura con el neoliberalismo. Una cuestión importante, huelga decirlo, cuán decisiva y definitiva será esa ruptura con el neoliberalismo. Pero otras cuestiones van a la médula del capitalismo mismo. ¿Se recurrirá a la propiedad pública, a la intervención pública y al control público simplemente con el propósito de estabilizar al capitalismo, para luego devolver el control a las elites granempresariales? ¿Estamos en puertas de una segunda oleada de capitalismo keynesiano, en donde el Estado y las elites granempresariales se asocian con el mundo del trabajo en una política de fomento de la industria, del crecimiento y de los salarios altos, esta vez con una dimensión verde? ¿O seremos testigos del comienzo de un proceso de desplazamientos fundamentales en la propiedad y en el control de la economía en una dirección más popular? Es verdad que hay límites para las reformas en el sistema de capitalismo global, pero en ningún otro momento, en el pasado medio siglo, han parecido esos límites más fluidos y porosos que ahora.

En este momento, el gasto masivo en estímulos a niveles record –un anatema para los neoliberales– se ha convertido en práctica generalizada, siendo que las únicas divergencias entre las elites del Norte giran en torno al monto que deben tener esos gastos para lograr reflotar el submarino. En eso Obama se ha revelado el superkeynesiano. También está en curso la nacionalización de los bancos –otra práctica condenada por el neoliberalismo–, y las cuestiones que dividen a las elites se refieren al grado de agresividad que debe tener el gobierno al ejercer el control sobre las participaciones mayoritarias de las acciones y a si éste devolverá los bancos a la gestión privada una vez pasada la crisis.

Al contrario de lo que se ha mantenido en algunas intervenciones, la reprivatización no es un hecho predeterminado. Son los hechos de base los que determinarán la respuesta a todas estas cuestiones, pues la tarea que tienen entre manos los gestores de la crisis del capitalismo no es hacer que las soluciones adoptadas estén en línea con una doctrina desde todo punto desacreditada, sino se trata de salvar el capitalismo.

Más allá del gasto con déficit y de la nacionalización creo que, en el seno del establishment, prosperará un debate sobre si conviene seguir la senda de lo que yo llamo “socialdemocracia global”, o SDG, para responder a la desesperada necesidad dual que tiene el capitalismo tanto de estabilización como de legitimidad.

Aun antes de que se desarrollara plenamente la crisis financiera, los partidarios de la SDG habían ido tomando posiciones a favor de ésta como alternativa a la globalización neoliberal, avisados como estaban de las tensiones y los agobios que ella generaba. Una personalidad vinculada a esto es el primer ministro británico Gordon Brown, quien encabezó la respuesta europea inicial al desplome financiero a través de la nacionalización parcial de los bancos. Generalmente considerado el padrino de la campaña “Hagamos que la pobreza sea historia” en el Reino Unido, Brown, aún siendo ministro de hacienda británico, propuso lo que llamó un “capitalismo de alianza” entre el mercado y las instituciones estatales, capaz de reproducir a escala global lo que, según él, hizo Roosevelt para una economía nacional: “asegurar los beneficios del mercado domando sus excesos”. Tiene que ser un sistema, continuaba Brown, que “se haga con todos los beneficios de los mercados globales y los flujos de capitales, minimice el riesgo de crisis, maximice las oportunidades de todos y sostenga a los más vulnerables: se trata, en una palabra, de restaurar en la economía internacional los fines públicos y los ideales elevados”.

En la articulación del discurso socialdemócrata global se ha sumado a Brown un grupo diverso compuesto, entre otros, por el economista Jeffrey Sachs, George Soros, el antiguo secretario general de la ONU, Kofi Annan, el sociólogo David Held, el Premio Nobel Joseph Stiglitz, y hasta Bill Gates. Hay, evidentemente, diferencias de matiz en las posiciones de estas personas, pero el impulso de sus perspectivas es el mismo: implantar un orden social y articular un sólido consenso a favor del capitalismo global.

Entre las posiciones clave promovidas por los partidarios de la SDG están las siguientes:

- La globalización es esencialmente beneficiosa para el mundo; los neoliberales no han sabido gestionarla ni venderla a la opinión pública.

- Es urgente salvar la globalización de los neoliberales, porque la globalización es reversible y hasta puede que se halle ya en proceso de franca retrogresión.
- El crecimiento no tiene por qué ir acompañado de una creciente desigualdad.
- Hay que evitar el unilateralismo preservando, al mismo tiempo, aun fundamentalmente reformadas, las instituciones y los acuerdos multilaterales. La integración social global, la reducción de las desigualdades tanto dentro de los países como entre los países, tiene que acompañar a la integración en el Mercado global.
- La deuda global de los países en vías de desarrollo tiene que ser cancelada o drásticamente reducida, a fin de que los ahorros resultantes puedan emplearse para estimular las economías locales, contribuyendo así a la reflación global.
- La pobreza y la degradación medioambiental han llegado a un punto de gravedad; se hace necesario poner en acción un programa de ayudas masivas al estilo del “Plan Marshall” del Norte para el Sur en el marco de los Objetivos de Desarrollo del Milenio.
- Hay que impulsar una “segunda revolución verde”, especialmente en África, mediante el uso generalizado de semillas genéticamente modificadas.
- Deben dedicarse ingentes recursos a encarrilar la economía global por una senda más sostenible desde el punto de vista del medioambiente, desempeñando los gobiernos un papel rector (“keynesianismo verde” o “capitalismo verde”).

LOS LÍMITES DE LA SOCIALDEMOCRACIA GLOBAL

No se ha prestado demasiada atención a la socialdemocracia global, tal vez porque, como los generales franceses al estallar la Segunda Guerra Mundial, muchos progresistas siguen combatiendo en la guerra anterior, es decir, contra el neoliberalismo. Es preciso, urgentemente, una crítica, y no sólo porque la SDG es el candidato más probable a suceder al neoliberalismo; más decisivo es el hecho de que, aunque la SDG posee varios

elementos positivos, tiene, como la vieja socialdemocracia de impronta keynesiana, muchos rasgos problemáticos.

Se puede comenzar la crítica destacando cuatro problemas centrales en la perspectiva de la SDG:

1) La SDG comparte con el neoliberalismo el sesgo favorable a la globalización, diferenciándose aquí sólo por su promesa de ser capaz de promoverla mejor que los neoliberales. Globalización significa para ellos una rápida integración de la producción y de los mercados, pero con una regulación eficaz, según lo planteó el director general de Finanzas de la Unión Europea, Jan Koopman, que se dice keynesiano. Eso significa, sin embargo, tanto como decir que basta añadir la dimensión de la regulación, junto con la de la “integración social global”, para que un proceso esencialmente destructivo y desvertebrador, social y ecológicamente hablando, resulte digerible y aceptable. La SDG parte del supuesto de que las personas desean realmente formar parte de una economía global funcionalmente integrada, donde hayan desaparecido las barreras que distinguen lo nacional de lo internacional. ¿No será, al contrario que, harta como está la gente de los comportamientos erráticos de la economía internacional, lo que preferiría es más bien formar parte de economías sujetas a control local? Y, en efecto, ocurre que la actual deriva bajista de las economías interconectadas confirma con hechos harto contundentes la validez de las críticas centrales del movimiento antiglobalizador al proceso de globalización.

2) La SDG comparte la preferencia del neoliberalismo por los mercados como mecanismo principal de producción, distribución y consumo, diferenciándose sobre todo por predicar la acción del Estado en punto de corregir los fallos del mercado. El tipo de globalización que necesita el mundo, de acuerdo con Jeffery Sachs en *The End of Poverty*, implicaría “engancharse al carro [...] de la notoria potencia del comercio y la inversión, reconociendo y enfrentándose a sus limitaciones mediante una acción colectiva compensatoria”. Eso es muy diferente que decir que la ciudadanía y la sociedad civil son quienes deben tomar las decisiones económicas clave, siendo el mercado, como la burocracia estatal, un mero mecanismo de realización de decisiones democráticamente tomadas.

3) La SDG es un proyecto tecnocrático, con expertos sirviendo menús y lanzando reformas sociales desde su poltrona, no un proyecto participativo en el que las iniciativas discurran de abajo arriba.

4) La SDG, aunque crítica con el neoliberalismo, acepta el marco del capitalismo monopolista, que refuerza en lo fundamental el control privado concentrado de los medios de producción, deriva beneficio de la extracción explotadora de valor excedente generado por el trabajo, va de crisis en crisis por causa de sus tendencias a la sobreproducción y, encima, en su búsqueda de rentabilidad, tiende a poner al medio ambiente al límite de sus capacidades. Como ocurriera con el keynesianismo en el marco nacional, la SDG busca en el marco global un nuevo compromiso de clase que venga acompañado de nuevos métodos para contener o minimizar la tendencia del capitalismo a la crisis. Así como la vieja socialdemocracia y el New Deal estabilizaron el capitalismo nacional, la función histórica de la socialdemocracia global sería allanar las hirsutas contradicciones del capitalismo global y relegitimarlo tras la era de crisis y caos dejada en herencia por el neoliberalismo.

La SDG lidia con cuestiones de gestión social. La izquierda, en cambio, tiene que lidiar con cuestiones de emancipación social. La SDG se atiene a la gestión tecnocrática; la izquierda, a la democracia participativa desde la raíz, desde las mismas empresas. La SDG busca reconfigurar el capitalismo monopolista, como hiciera en su día el viejo keynesianismo, pero esta vez a escala global. La izquierda, obligada a plantearse el problema de las relaciones de propiedad, tiene que buscar la creación de un sistema poscapitalista. La SDG quiere perfeccionar la globalización. La izquierda quiere la desglobalización. La SDG ve el futuro en el capitalismo verde. La izquierda ve la descapitalización como condición previa a cualquier organización social planetaria ecológicamente benigna.

Como el presidente brasileño Lula, el presidente Obama tiene el talento retórico para tender puentes entre diferentes discursos. En lo tocante a economía, es una *tabula rasa*. Como Roosevelt, no se ata a fórmulas del *ancien régime*. Como Lula y como Roosevelt, es un pragmático cuyo criterio básico es el éxito en la gestión social. Como tal, está en una posición única para encabezar esa ambiciosa empresa reformista. Nuestra tarea

no debe únicamente consistir en dar apoyo a los aspectos positivos del programa de la SDG que promuevan el bienestar popular, y oponernos a los que lleven a la re-estabilización del capitalismo. También tenemos que ser capaces, y eso es todavía más importante, de diferenciar, mientras dure el proceso, nuestro proyecto del de la SDG y ganar apoyos para nuestra visión y nuestro programa estratégicos.

EL DESAFÍO PROCEDENTE DE LA DERECHA

Sin embargo, la opción que enfrentaremos en el periodo que se avecina no es elegir entre la izquierda y la socialdemocracia global. ¡Sería una elección harto sencilla! Porque lo cierto es que podría comenzarse a articular una respuesta antineoliberal en materia económica, al menos retóricamente, populista en materia social, pero excluyente en sus políticas, es decir, evocadora de solidaridades de tribu, no de pueblo. Ya hemos empezado a ver algo de eso en la actitud del presidente francés Sarkozy. Tras declarar que “el capitalismo de laissez-faire ha muerto”, creó un fondo de inversión estratégico de 20 mil millones de euros para promover la innovación tecnológica, mantener las industrias más avanzadas en manos francesas y conservar puestos de trabajo. “El día que dejemos de construir trenes, aviones, automóviles y barcos, ¿qué quedará de la economía francesa?”, se preguntó retóricamente hace unos días. “Recuerdos. Yo no quiero hacer de Francia una mera reserva turística.” Este tipo de política industrial agresiva, tendente a reagrupar a los sectores clave de la clase capitalista francesa y a ganar ascendente sobre la clase obrera blanca tradicional del país, puede muy bien ir de la mano con las políticas excluyentes y antiinmigratorias con las que se ha venido asociando al presidente francés.

El populismo conservador de Sarkozy es relativamente templado. Los hay más radicales aguardando en los márgenes, como el movimiento antimusulmán de Gerd Wilders en Holanda, al que se augura el 28% de escaños en las próximas elecciones parlamentarias merced a una oportuna amalgama de solidaridad comunal, teoría económica populista y liderazgo autoritario. Por doquier en el mundo desarrollado hay movimientos de este

tipo, y lo que a mí me preocupa es que la crisis en curso pueda abrirles el camino para lograr alcanzar una masa crítica.

Porque las cosas irán empeorando, y la crisis global no es algo que pueda gestionarse tecnocráticamente, como si se tratara del aterrizaje suave realizado hace unas semanas por el piloto de US Airways en el río Hudson en Nueva York. Si la socialdemocracia global fracasa en su intento de revigorizar el capitalismo y la izquierda es incapaz de articularse con una visión programática fundada en la igualdad, la justicia y la democracia participativa, que resulte atractiva para el pueblo en un periodo de crisis grave y duradera, entonces otras fuerzas se aprestarán a llenar el vacío, como ocurrió en los años treinta del siglo pasado. Si hay algo que Rosa Luxemburgo, Gramsci y Lenin pueden enseñarnos hoy es que no basta la buena voluntad, los valores y la visión; que, al final, es decisiva la política, entendida como una visión de poder, como una estrategia efectiva de construcción de coaliciones y como astutas y flexibles tácticas de formación de una masa crítica para ganar poder, como una actividad con dimensiones parlamentarias y extraparlamentarias. La naturaleza tiene horror al vacío, y nosotros tenemos que estar dispuestos a llenar el vacío. O perderemos. Y eso no podemos permitirnoslo ahora.

LA IZQUIERDA TIENE QUE DESPERTAR

Para resumir. Mientras los progresistas estaban inmersos en una guerra total contra el neoliberalismo, el pensamiento reformista iba calando en los círculos del establishment. Ese pensamiento se está convirtiendo ahora en política, y la izquierda tiene que trabajar el doble para hacer lo propio. No es sólo pasar de la crítica a la prescripción. Se trata de rebasar las limitaciones de la imaginación política de la izquierda, impuestas por la agresividad del desafío neoliberal en los años ochenta, que se combinaron con el colapso de los regímenes socialistas burocráticos a comienzos de los noventa. La Izquierda debería atreverse a aspirar de nuevo a paradigmas de organización social que tendieran sin recato a la igualdad y al control democrático participativo, tanto de la economía nacional como de la econo-

mía mundial: porque esas son condiciones necesarias de la emancipación individual y colectiva y –hay que añadirlo– de la estabilización ecológica.

Esa es una perspectiva por la que deberíamos combatir, no simplemente librando una batalla por la conciencia de la gente, sino también por su corazón y su alma. Y aquí la lucha es, por un lado, contra los esquemas capitalistas tecnocráticos de reestabilización capitalista de la socialdemocracia global y, por el otro, contra los esquemas con base de masas de la reestabilización capitalista del populismo nacionalista y fundamentalista. Las ideas no bastan, y lo que será decisivo es el modo de traducir nuestras ideas, valores y visión a una estrategia y a tácticas con vocación ganadora que puedan triunfar democráticamente. Tenemos que salir del economicismo al que quedó reducida la izquierda global en la era neoliberal: la política tiene que volver a tomar el mando.

Fecha de recepción: 25 de julio de 2009

Fecha de aceptación: 27 de agosto de 2009